

madrastra, ingrata para el trabajo, indiferente a las pérdidas. Aquellos dos años tuvieron suerte de las nuevas veinte hectáreas arrendadas a Segúm y ganadas a los pantanos, cuya primera cosecha fué prodigiosa. A medida que aumentaba, el dominio podía soportar las pérdidas parciales. También los niños le hicieron pasar graves inquietudes y fatigas. Como para la tierra, había que librar continuas batallas para vencer. Gervasio estuvo a pique de morir de una fiebre maligna.

Rosa les dió un susto tremendo cayendo de un árbol. Pero los tres mayores, Blas, Dionisio y Ambrosio estaban robustos y fuertes como un roble. Cuando Mariana parió su sexto hijo, una niña, a la que pusieron el nombre de Clara, Mateo se regocijó lo indecible. Luego, durante los otros dos años, continuaron las eternas luchas, las tristezas y alegrías que terminaban al cabo en un triunfo. Mariana tuvo un nuevo hijo, Mateo adquirió nuevos lotes de tierra. Siempre mucho trabajo, mucha vida consumida, mucha vida creada. Aquella vez se ensanchó el dominio por el lado de las pendientes areniscas y pedregosas que los arroyuelos encauzados empezaban a fecundar después de mucho trabajo y muchos desengaños, que logró vencer la firme voluntad de los esposos. Pero las cosechas fueron buenas, y algunas cortas del bosque produjeron grandes ganancias. Los niños crecían al compás de la propiedad. Los mayorcitos iban a un colegio de París, tomando cada mañana el tren y volviendo por la tarde como unos hombrecitos. Los tres pequeños, Rosa, Gervasio y Clara, se criaban libremente, creciendo en pleno campo.

No tuvieron enfermedades graves, sino esos males de mentirijillas que se curan con una caricia, esas lágrimas que seca un rayo de sol. Pero el

parto del séptimo hijo fué tan laborioso, que Mateo temió perder a su mujer. Había caído volviendo del corral y tuvo que meterse en cama y parió al día siguiente, a los ocho meses, sin que Boutan se atreviera a responder de ella ni del niño. Fué una alarma tremenda; pero venció la naturaleza robusta de la madre, en tanto que el niño, Gregorio, se indemnizaba del tiempo perdido mamando sin descanso, bebiendo vida en su seno, fuente de la existencia. Cuando Mateo la vió sana y fuerte, con el pequeñuelo en brazos, la besó apasionadamente, porque vencía una vez más a pesar de todo y de todos. Tenía un nuevo hijo, es decir, nueva riqueza y más poder, una nueva fuerza lanzada al mundo, otro campo sembrado para lo porvenir. Así continuaba la gran obra, la nueva obra, la obra de fecundidad ensanchada por la tierra y por la mujer, vencedora de la destrucción, creando subsistencias a cada nuevo hijo, amando, queriendo, luchando contra el dolor y la muerte, buscando sin cesar más vida, más esperanza.

II

Transcurrieron dos años más; Mateo y Mariana tuvieron otra niña. Y en tanto que se acrecía su familia, el dominio de Chantebled se ensanchó con treinta hectáreas de bosque que llegaban a lindar con los campos de Mareuil, junto a la ferrovía. También fué preciso levantar de nueva planta una porción de construcciones, pues el antiguo pabellón de caza no podía albergar a los numerosos obreros, y hubo que construir cobertizos y corrales y habitaciones para todo el mundo, para todos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

17 de 1625 MONTERREY, MEXICO

los animales y artefactos. Aquella granja era imagen de la conquista continua, del trabajo creador que compensa las pérdidas, que remunera el esfuerzo, que infunde a cada momento nueva energía y salud en las venas del mundo. Mateo, mal de su grado, tenía que ir a menudo a París, para tratar con Seguin, para compras y ventas. Una mañana de agosto fué a la fundición para ver una nueva segadora y no halló a los Beauchéne, pues habían marchado a Houlgate a tomar baños de mar. Cuando hubo examinado la máquina, que no le gustó por cierto, fué a ver a Morange, enclaustrado, como de costumbre, en su escritorio.

—No se puede usted figurar cuánto le agradezco que no me olvide—dijo Morange.

—¡Ya sabe usted que se le quiere!

Morange estaba ya tranquilo, apacible; reía y bromeaba como en sus buenos tiempos. Había olvidado casi a la muerta adorada en honor de la hija viva, de su Reina, que cada vez se asemeja más a su difunta madre. Tenía mayor propensión que antes a la timidez; se había apocado más, era más bondadoso, si cabe. A los veinte años, Reina era la imagen viviente de Valeria, tan linda, tan hermosa como era el día de su matrimonio. Y desde entonces se borró el fantasma de la muerta, tendida sobre su horrible camastro, a la luz de aquella joven que llenaba con su encanto la casa entera. No temblaba ya al menor ruido, y no guardaba de la espantosa catástrofe sino un remordimiento amortiguado. Amaba a Reina con pasión infinita, resumen de todos los amores, de todos los cariños. Renacía su juventud y creía revivir los felices días de su noviazgo con su mujer, que se le presentaba con una nueva virginidad por un capricho de la suerte. Y toda aquella pasión la sentía por un sér sagrado, que le aparecía como

una divinidad, que no podía adorar, sino de rodillas.

—Debiera usted venir a almorzar conmigo. No sé si sabe usted que estoy viudo desde ayer.

—¿Viudo?—replicó Mateo.

—Sí; Reina ha ido a una quinta en el Loiret, Estará allí tres semanas. La baronesa de Lowicz me ha rogado que la dejara ir con ella. Y acabé por consentir al ver las ganas que tenía la muchacha de ir al campo. Se comprende que lo desee. La pobrecilla no ha pasado nunca de Versalles. De todos modos, me ha costado decidirme.

Mateo sonrió.

—Me parece que exagera usted. ¡Resistir a un capricho de Reina!...

La verdad es que Reina era la que mandaba en aquel hogar con igual imperio que antes Valeria. Si había encontrado de nuevo la tranquilidad perdida; si de nuevo se sentía feliz y contento, lo debía a la preferencia de su hija, de su compañera, que le guiaba, y a la que obedecía con verdadero gusto, y en la que adoraba.

—A ver si vuelve con un novio—dijo Mateo maliciosamente.

Morange se puso serio y triste.

—Espero que no. Ya he hablado a la baronesa. Reina es todavía una niña, y no tiene la dote que quiero darle el día que encuentre un compañero digno de ella. Ya veremos, algún día... No, no; me ama demasiado; no me dará el disgusto de casarse contra mi voluntad. Sabe que no ha llegado el momento y que yo me moriría de dolor... ¡Si viera usted cuán felices somos! Es verdad que la dejo sola todo el día; pero en cuanto nos reunimos, ¡qué alegría! Es muy inocente; no tiene necesidad de casarse por ahora, ya que no le corre prisa,

Mateo no contestó.

—Veamos—continuó Morange,—hoy me parece que no tiene usted mucho trabajo, y supuesto que está usted aquí, le secuestro. Almorzaremos juntos y le enseñaré de paso el último retrato de Reina. ¿Quedamos conformes? Le espero a mediodía.

Mateo no pudo acceder.

—No, me es imposible; tengo que hacer. Pero, pasado mañana, que he de volver, aceptaré con mucho gusto, si no es molesto para usted.

Se estrecharon la mano. Mateo fué a muchos comercios, almorzó en un restaurant de la avenida de Clichy. Cuando bajaba por la calle de Amsterdam para ir a ver un banquero de la calle Caumartin, tuvo la idea de tomar el pasaje Tivoli, que abrevia el camino. Es aquella una callejuela que no utilizan sino los peatones, los que conocen al dedillo París. Se fijó, mal de su grado, en aquel pasaje sombrío y oscuro cuando las otras calles estaban iluminadas por el sol, y en aquellas fachadas polvorientas y húmedas a un tiempo. Aquel examen rápido le hizo advertir un coche lujoso, y a dos señoras que subían a él. A pesar de sus velos, reconoció a Serafina y a Reina, que salían de la más inmunda de las casuchas. Durante un momento vaciló respecto a Serafina, la que le pareció muy cambiada desde que no la había visto; pero en cuanto a Reina, la reconoció en seguida.

El cupé desaparecía entre los demás coches de la calle de San Lázaro, y Mateo continuaba petrificado en su sitio. ¿Cómo explicarse que aquella muchacha que debía estar en una quinta cerca de Orleans, no se hubiese movido de París? ¿La baronesa la acompañaba a una casa de tan miserable apariencia en vez de pasearla por un gran parque? Sospechó cosas horribles y sintió cruel

angustia. Miraba aquella casa de dos pisos, baja, repugnante como una casa de citas. ¿Qué podía haber en el fondo de todo aquello? La tentación fué muy fuerte y no la pudo dominar. Penetró por un corredor nauseabundo a un patio sin luz, rezumando humedad, y se retiraba sin comprender el enigma, cuando vió una plancha de cobre con esta inscripción: «Clínica del doctor Serraille».

Entonces se iluminó su espíritu. Recordó al discípulo de Gaude, al muchachote rojo y antipático, recordó algunas palabras que acerca de él dijera Boutan, que le conocía. ¿Por qué habían ido las dos mujeres allí? ¿Estaba enferma una de ellas? Y se alejó sin querer, sin atreverse a resolver el problema, sintiendo una sospecha, evocando sin querer, en su imaginación, el recuerdo indigno de la calle del Rocher, en casa la Rouche, con aquella casa, con aquel patio, con aquel corredor que denunciaban el crimen. Era una cosa lógica. Había sucedido lo que tenía que suceder. Reina, criada para una existencia de lujo y de holganza, que no llegaban nunca en la medida que deseaba, sentía ansias de ellas. Cuando vivía su madre, no la oía hablar continuamente sino de vestidos, de sombreros, de fiestas deslumbrantes; desde que había muerto, su padre, creyendo obrar como debía y llevado de su cariño, sólo le hablaba de la gran vida que con él tiempo la esperaba. Lo peor fué que, al llegar a la juventud, no hubo quién la vigilara; que se pasó la vida en el balcón esperando al novio millonario, que no venía a pesar de ser ella tan linda; que su virtud no tuvo más salvaguardia que la averiada de la doncella. Y cuando su naturaleza ardiente habló en ella, aguijoneada por una vida de holganza, Serafina fué la única que la acompañó, que la llevó al Bosque en su coche, que la expuso a las miradas de todos esos hom-

hres jóvenes, ricos y desocupados, que no piensan en otra cosa que en la conquista de mujeres bonitas. Luego, cuando la niña se hizo mujer, se convirtió en una joven de gran belleza. Serafina, sin haber formado el propósito de pervertirla, lo realizó llevándola a los teatros y reuniones, donde forzosamente la corrupción debía imperar. Entonces la caída empezó rápida y tremenda. Serafina se confió a su amiga, cuyos sentidos estaban ya despiertos, y sus confidencias pervirtieron del todo a la muchacha. Sacerdotisas del placer, tuvieron una en otra una confianza ilimitada; la mayor explicó a la menor los riesgos que podía correr, explicándole cómo podía evitarlos, cómo le sería fácil gozar cuanto quisiera sin comprometer su reputación ante las gentes.

Y durante más de un año, la joven asistió a los lés que su amiga ofrecía de cinco a siete en su hotel de la calle de Marignan; y allí encontró hombres amables que la divirtieron, y con los que se entretuvo, sin que se produjera el temido acontecimiento, pues la infeliz niña era ducha en no comprometerse, en no dar más de lo que debía para satisfacer sus sentidos y evitar la caída suprema. Pero la catástrofe llegó. Un día adquirió Reina la convicción de que estaba embarazada. ¿Cómo ocurrió aquello? Ni ella misma lo sabía. Pero quedó aterrada. Vió a su padre, que la adoraba, bajo el peso de aquella abominación, desesperándose. No había reparación posible. El hombre estaba casado, tenía mujer e hijos; era un alto empleado. Por otra parte, aquellas preñeces no son de nadie. Cuando Reina, llorosa y aterrorizada, confesó su desdicha a Serafina, ésta estuvo a punto de pegarle. Luego el terror de verse comprometida, de perder de tenazón la hipócrita virtud que ostentaba, le devolvió su tranquila audacia.

Consoló y besó a la pobre muchacha, prometiéndola no abandonarla, jurándole que todo pasaría sin escándalo. Pensó en seguida en un aborto y le habló de ello, lo que hizo temblar y llorar a Reina. Durante mucho tiempo, ésta había creído que su madre murió de parto; a una indiscreción de Serafina, debió el conocimiento de la terrible verdad, de la muerte en el fondo del antro infecto; de modo, que poseída de un terror invencible, lloraba y exclamaba que moriría como su madre si como ella dejaba que la operaran. Serafina misma por otra parte, sentía una repugnancia invencible por la comadrona. Otro proyecto germinó en su cabeza. Pensó que su amiguita podía adoptar un procedimiento más radical, que le asegurara para siempre la impunidad. ¿Acaso ella no la tenía asegurada?

Habló de ello con Reina, explicando que los más hábiles cirujanos se engañaban a veces, que hacían la operación creyendo en un tumor y que luego se encontraban en presencia de un feto, cuando lo hecho, que era el remedio supremo, ya no lo tenía. ¿Por qué no ir a uno de esos cirujanos? Afirmaba que la operación no ofrecía ningún riesgo, citándose a sí misma como ejemplo. Cuando la vió vacilando ya, le habló de su padre, de las amarguras que sentiría al saber la caída de su hija, si aquella llegaba a conocerse, y que en cambio nada sabría en caso de hacerse la operación. ¿No era, en verdad, tentador, poderse entregar al hombre que le gustara de momento, sin tener que temer ninguna consecuencia? Sería dueña de su vida entera y gustaría todos los placeres y embriagueces de la vida sin miedo ni remordimientos. Bastaría para ello tener una poquita de prudencia, cosa fácil atendiendo a que Morange pasaba su vida entera en la fundición. Cuando la vió tranqui-

la y decidida, la besó y la abrazó, contenta al ver que había conquistado una adepta tan joven y bella. Desde aquel momento, pensaron únicamente en cuál sería el cirujano. Serafina comprendió que no podía dirigirse a Gaude, porque no quería correr los riesgos de una operación semejante en una soltera. Pensó, pues, en Serraille, en aquel ayudante de Gaude, de quien supo, durante los días que la cuidó a ella misma, que no tenía otra ambición que ganar dinero, ya que su facha ingrata, su fealdad homérica, no le permitían aspirar al amor de ninguna de sus clientes. Hijo único de un pobre labriego, fué a París y llevó durante mucho tiempo la vida de un perro callejero, comiendo pronto y mal cuando podía, no comiendo a veces, trabajando como un condenado, día y noche, para poder pagar sus matrículas. Luego, después de sus largos años de practicante y a pesar de la protección de Gaude, que admiraba su sombría aplicación, se encontraba de nuevo sin un cuarto. Sin clientela, abrió su fatídica clínica en el pasaje Tívoli, contentándose con las migajas de los otros, tomando por su cuenta los casos desesperados que los demás no querían atender. Lo peor del caso era que continuaba dominado por una ambición insaciable y que no tenía exponer su vida misma para satisfacerla. Serafina encontró en él al hombre que deseaba. Reina pasó como una sobrina provinciana que le enviaba su familia para que consultara a una eminencia parisién la extraña dolencia, que consistía en atroces dolores en el bajo vientre, por más que en apariencia gozase de buena salud. Supo expresarse bien, a medias palabras; la entendió el otro, se ofrecieron mil francos, se examinó a la paciente, se halló el órgano duro e hinchado y se diagnosticó un tumor. A cada visita, Reina se que-

jaba de dolores agudísimos, y lanzaba desgarradores gritos al más leve contacto. Quedó decidida la operación como remedio heroico. Se acordó que la paciente sería operada en la clínica del pasaje Tívoli, y que la convalecencia duraría de dos a tres semanas. Serafina imaginó entonces el embuste de la ida a Loiret. Cuando Mateo las vió salir de casa Serraille, habían ido allí para fijar definitivamente el día de la operación. Aquella misma noche, Reina, al volver a casa de la baronesa, que le había ofrecido hospitalidad, escribió a su padre una carta que debía aparecer como escrita en el campo. Como se lo había prometido, Mateo fué a almorzar en casa Morange, en el boulevard Grenelle. Allí estaba el buen hombre, alegre como de costumbre.

—Llega usted puntualmente; pero quizá tenga que aguardar un momento a causa de cierta salsa a la mayonesa. Venga al salón.

Este no había variado en lo más mínimo desde años antes. Mueblaje y pinturas eran los mismos que cuando lo hizo decorar Valeria. Pero el polvo se lo comía todo; veíase que nadie se cuidaba de aquella habitación.

—La habitación es demasiado holgada para nosotros dos—dijo Morange;—pero no me puedo decidir a dejarla. Reina continúa en el mismo cuarto que antes. Venga usted a verlo. Le enseñaré dos jarrones que le he regalado.

El cuartito era muy mono y estaba lleno de eschucherías que tanto gustan a las muchachas. Morange andaba de puntillas por aquel santuario, como un devoto que penetra en el templo de la divinidad que adora. Luego condujo a Mateo a su cuarto, al que había habitado con Valeria. Tampoco había cambiado nada allí; muebles y aspecto,

cortinas y suelo, estaban como diez años antes. La chimenea, las mesas, las paredes, estaban cuajadas de todos los retratos que había podido reunir de su esposa y de su hija, a la que llevaba la casa del fotógrafo cada seis meses, desde su más tierna infancia.

—Mire usted, mire usted el último retrato de Reina.

Y le mostró una especie de capilla o marco muy grueso que encerraba en su fondo dos preciosos retratos; uno de Valeria y otro de Reina, los dos hechos cuando ambas mujeres tenían la misma edad. Morange miró al mismo tiempo que Mateo y asomaron las lágrimas a sus ojos.

—¿Qué le parece? ¿No se diría que es la misma Valeria la mujer que renace en Reina? Son los mismos ojos, la misma boca sonriente, un pelo casi igual, una expresión que no discrepa. Contemplando a mi hija, siento que se calman mis remordimientos y mi pesar. ¡Qué hermosa es! No puede usted figurarse las horas dichosas que paso contemplando esas queridas imágenes.

Mateo, asimismo, sintióse emocionado ante aquellas dos mujeres; de una de las cuales recordaba la desastrada muerte, en tanto que se le aparecía la otra saliendo con Serafina, el genio de la lujuria, de aquella casa del pasaje de Tívoli, visión que le perseguía desde que por primera vez se le apareció. La criada avisó que la mesa estaba servida y pasaron al comedor, del cual quiso Morange que permaneciera abierta la ventana para disfrutar de la espléndida luz del día. En el sitio de Reina había un ramillete de rosas.

—Siéntese a su derecha—dijo sonriendo.—Me parece que comemos los tres.

Se almorzó bien y alegremente. Después de la langosta, sirvióse chuletas y alcachofas rellenas

Morange, que no era muy hablador, se mostró expresivo y contento, queriendo demostrar a su huésped que era un hombre inteligente y previsor que acabaría por domar la suerte. Mal de su grado quizás explanaba las mismas teorías de su mujer, decía que había obrado cuerdateamente no llenando de hijos el hogar, contentándose con cuidar de Reina. De poder empezar de nuevo, no hubiese querido más hijos. Sin la tremenda catástrofe que había desolado su existencia, hubiese entrado en el «Crédito Nacional», y quizás tendría actualmente millones. Nada consideraba por perdido, sin embargo, pues no tenía que atender sino a Reina. Explicó a Mateo cómo poco a poco amasaba una dote para ella, las esperanzas que tenía de darle un marido que fuese digno de su ternura, la alta posición social que conquistaría gracias a ella hacia el término de su vida. La obedecía en todo y por todo, la creía ambiciosa como su madre, ávida de lujo, de fiestas, de diversiones, y tenía la idea de jugar a la Bolsa, de intentar un golpe atrevido que realizara en un momento todas sus esperanzas, tener coche y quinta de recreo. Otros más torpes que él lo habían logrado. Sólo era cuestión de escoger el momento oportuno.

—A pesar de todas estas teorías, amigo mío, creo que lo mejor es no tener más que un hijo. Así se tiene mayor facilidad, mayor libertad para conquistar una fortuna.

Cuando la criada sirvió el café, exclamó alegremente:

—¡Y yo que me olvidaba de decirle que Reina me ha escrito ya! Tengo una carta suya, en la cual me dice lo mucho que se divierte en el campo, lo que la obsequian los vecinos de la quinta a donde ha ido con la baronesa... La he recibido esta mañana.

En tanto que Morange buscaba la carta, Mateo sintió un escalofrío. ¿Era que la visión del pasaje de Tivoli reaparecía? Aquel almuerzo en compañía del buen hombre había hecho que durante unos momentos imaginara que la visión había sido una pesadilla; pero aquella carta que evidentemente era fingida, renovó todos sus temores. Y sintió una angustia indecible, tremenda en presencia de aquel padre tan confiado, tan contento, en tanto que la catástrofe se preparaba o se cumplía a dos pasos de él.

—¡Pobre pequeña!—exclamó Morange, releyendo la carta;—dice que la han recibido con tantos agasajos, que la han dado un cuarto tendido de rojo, con una gran cama... Son gente muy rica, de antigua nobleza, según me dijo la baronesa... Luego me dice que pasearon por los jardines y por el parque, que tiene árboles centenarios y unas fuentes preciosas. En fin, que aquello es una maravilla. No puede usted figurarse cuánto me alegre, pensando en lo que debe divertirse mi Reina.

Estaban tomando el café. De repente se abrió la puerta, y hubo una aparición tan imprevista, tan impensada, que los dos hombres quedaron sobrecogidos. Había entrado la baronesa. Morange la miraba, sin acertar a explicarse su presencia.

—¿Qué hay?... ¿Es que me trae usted de nuevo a Reina?

Maquinalmente se había levantado para ver si su hija estaba en la antecámara quitándose el sombrero. Al no verla, volvió al comedor y repitió:

—¿Dónde está Reina?

Serafina, que estaba muy pálida, no se apresuraba a responder. Véase, sin embargo, que tenía un aspecto muy resuelto, como el de quien sabe

que va a afrontar obstáculos muy grandes y está decidido a salvarlos. Había tendido a Mateo su mano helada; pero no temblorosa. Parecía satisfecha de encontrarle allí. Al cabo habló con gran calma:

—Sí, se la traigo a usted. Tuvo una indisposición repentina y he creído que lo mejor era que volviese... Está en mi casa.

—¡Ah!

—Está un poco cansada del viaje; le espera.

Morange continuaba mirando a Serafina sin comprender que aquel relato no parecía veraz, pues si su hija estaba indispuesta y había vuelto a París, lo más natural es que la hubiese llevado en seguida a su casa.

—¿Entonces viene usted a buscarme?

—Sí, apresúrese.

—Bien. Déjeme que coja el sombrero y que avise a la criada para que prepare el cuarto.

Salió; pero no estaba muy inquieto. Quería hallar en seguida sombrero y guantes para no hacer esperar a Serafina. Cuando hubo desaparecido, ésta enderezó su busto como la amazona que se prepara para una ruda batalla. En su rostro pálido, sus ojos estriados de oro brillaban con sombrío fulgor bajo su roja cabellera. Su mirada encontró la de Mateo y se contemplaron un instante en silencio, ella resuelta y enérgica; él más pálido y asaltado por una terrible sospecha.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó al cabo.

—¡Una desgracia horrible! Su hija ha muerto. Mateo ahogó un grito y juntó las manos con ademán de profunda lástima.

—¡Muerta! ¡Muerta miserablemente en ese establo de Serraille!

A su vez ella se estremeció y estuvo a punto de soltar un grito de angustia y de temor.

—¿Sabe usted eso?... ¿Quién se lo ha dicho?

Y en voz baja, resuelta y enérgica, lo confesó todo:

—Va usted a ver. No quiero disculparme, puesto que yo he sido la que quise venir a avisar a su padre... Cuando estuvo embarazada, fui yo quien la sugirió la idea de la operación, para librarla de ese niño y de los que pudieran aparecer con el tiempo. ¿Por qué no intentar eso con Reina, puesto que a mí me había dado tan buenos resultados? Ha ocurrido el incidente más impensado, más estúpido que se puede imaginár. Unas pinzas de resorte se han aflojado por la noche en tanto que dormía la enfermera, y por la mañana han encontrado muerta a la infeliz. ¡Qué linda y qué ardiente era!... No puede usted figurarse cuánto la quería.

La emoción apagó su voz, en tanto que algunas lágrimas suavizaban la llama de sus ojos. Mateo no la había visto llorar jamás, y aquellas lágrimas lo trastornaron, porque explicaban todo el horror de la catástrofe ya prevista.

—Acabo de besarla, blanca y fría, y vengo directamente. A ese pobre hombre debe avisársele, prevenirle... ya sé que a mí me toca hacerlo. Pero, puesto que está usted aquí, venga con nosotros. Le quiere; cuantos más seamos, mejor. En el coche será preciso darle el golpe de gracia.

Morange entraba. Había advertido sin duda su cuchicheo, porque les miró con desconfianza. En su voz se manifestaba alguna angustia.

—¿Supongo que no será grave la indisposición?

—No—replicó Serafina, sin atreverse a dar el golpe mortal.

—Entonces, ¿por qué no la trajo usted en seguida?

—No quiso ella, por no alarmar a usted. Vaya, vámonos pronto.

Morange bajó con pesado paso, sin atreverse a preguntar más. Aquella visita preocupábale extraordinariamente; aquella obstinación de Reina en no ir a su casa, le horrorizaba. Hacía suposiciones a cual más funestas; pero no se atrevía a preguntar, como si la verdad que iba a saber le asustara. Cuando vió que Mateo subía también al coche, palideció, y no pudo retener un grito:

—¡Cómo! ¿también viene usted?

—No—dijo la baronesa,—no viene; le dejaremos por el camino; tiene que hacer una diligencia cerca de casa.

Sin embargo, el tiempo pasaba, el coche corría y la angustia y el temor de Morange eran cada vez mayores. Cuando estuvieron a punto de atravesar el puente, Serafina pensó que vería que se alejaban de la avenida de Antín; que no paraban en su casa. Empezó, pues, a hablar de la enfermedad de Reina, diciendo que podía ser grave y hacer precisa una operación. El pobre padre la miraba cada vez más aplastado, más ansioso. Cuando el cupé atravesó los Campos Elíseos y comprendió que no iban a casa de la baronesa, un sollozo desgarró su pecho, iluminado de pronto por una certeza terrible; por la de que su hija debía estar ya operada, puesto que le hablaban de operación: Mateo tomó sus manos temblorosas, llorando también, mientras Serafina explicaba que la operación ya estaba hecha, si no se le había avisado, si se fingió aquella excursión al campo, fué para evitarle angustias. Y no decidiéndose a dar el golpe de gracia, queriendo esperar unos momentos, afirmó que no había cuidado, que la niña había soportado bien la operación. Bruscamente, cuando el cupé desembocó frente a la estación de

San Lázaro y advirtió el infeliz la pendiente sombría y oscura de la calle del Rocher, sintió que la claridad del rayo fulguraba en su mente para mostrarle la final catástrofe, el desastre irremediable, y reapareció la imagen de su mujer muerta, desangrada sobre el inmundo camastro.

—¡Mi hija está muerta! ¡Mi hija está muerta!
¡Me la han matado!

El cupé corría a través de cochés y peatones. Entró en la calle de San Lázaro, terció por el pasaje y siguió aquella callejuela oscura, inmunda, negra. Morange se agitaba enloquecido. Mateo lo retenía, casi tan trastornado como él. Serafina le suplicaba que se calmase, que tuviese valor, dispuesta a teparle la boca con su blanca mano si continuaba alborotando y gimiendo como un miserable que llevan a ajusticiar.

¿Qué intentaba? ¿Qué quería? No se daba cuenta el mismo. Anhelaba saltar del coche, correr, para llegar más rápidamente. Cuando el coche se detuvo ante la casa repulsiva, cesó de agitarse, quedó como anonadado. Sus acompañantes tuvieron que bajarlo y sostenerlo, pues no parecía un hombre dotado de voluntad, sino un fardo, una cosa inerte. Pero cuando estuvo en el corredor sombrío y mal oliente, su frialdad evocó de nuevo el recuerdo nefando, la visión tremenda: eran las mismas paredes rezumando humedad, revelando el crimen, la ignominia; había el mismo patio verdoso, obscuro, fétido. Todo renacía; empezaba de nuevo el drama, más abominable, más atroz. En aquel barrio de la estación de San Lázaro, punto de partida y de llegada de tantas gentes, el drama estaba en su escenario natural. Las vergüenzas y los crímenes ocultándose en el fondo de la calle del Rocher y del pasaje de Tívoli; y en aquella y en éste la casa infame de la Rouche, la

clínica sangrienta de Sarraille! De pié, en el centro de su gabinete de consulta, casi sin muebles y, apestando a éter, Sarraille, metido en una vieja levita negra, esperaba firme y resuelto. Desde que entró, Morange, con aire extraviado, castañeteándole los dientes como si sintiera un frío intenso, empezó a gritar, a repetir sin fin:

—¿Dónde está? ¡Mostrádmela! ¡Quiero verla!

En vano Serafina y Mateo procuraban calmarle, aturdirle a fuerza de palabras, a fin de retardar el atroz espectáculo que le esperaba. Los apartaba desesperado, repetía las mismas palabras, daba vueltas a la habitación como una fiera que busca una salida.

—¡Enseñádmela! ¡Quiero verla! ¿Dónde está?

Cuando Sarraille, a su vez, quiso intervenir para tranquilizarle, Morange pareció advertir su presencia únicamente entonces, y se dirigió hacia él con furia imponente, como si fuera a aplastarle.

—¡Ah! ¡Es usted el médico que la ha matado!

Hubo una escena horrible: el padre amenazaba, vomitando un torrente de injurias, con la desesperación de un sér débil al que acaban de arrancar el corazón; el médico estuvo impasible y correcto al principio; pero al cabo se enfadó y gritó a su vez, diciendo que le habían engañado indignamente, gracias a los embustes de la pobre muerta. Las palabras fatales estaban ya pronunciadas, y contó el médico la preñez, los dolores fingidos, la situación comprometida en que le había puesto, haciéndose operar como si tuviera un tumor, cuando en realidad estaba en cinta. Sin duda se había equivocado él también; pero ni aun los maestros se ven libres de esos errores. Y cuando el padre, indignado, le replicó que mentía, que le llevaría a los tribunales, contestó que lo hiciera, que allí contaría toda la historia. Entonces, desfallecido el

30840

pobre hombre, cayó anonadado por aquellas revelaciones innobles. ¡Gran Dios! ¡Su hija preñada! ¡Su hija criminal, cómplice y víctima! ¡Era el hundimiento de todo, el fin del mundo! Y sollozaba y balbuceaba, agitando las manos como para apartar tantos escombros.

—¡Son ustedes unos asesinos! ¡Todos son asesinos! ¡Les digo a ustedes que irán a presidio! ¡Todos, todos a presidio!

Serafina, que se había sentado junto a él, quiso tomarle las manos.

—¡No! ¡Son ustedes unos asesinos! ¡Todos asesinos! ¡Ustedes irán a presidio! ¡Sí, irán; usted la primera!

Ella fingía no oírle; le hablaba, le hablaba sin cesar para consolarle, recordándole cuánto había amado a su hija y su deseo de hacerla feliz.

—¡No, no! ¡Es usted la asesina! ¡Le digo que irá usted a presidio!

Apartándose del grupo que formaban Morange y Serafina, Sarraille hablaba a Mateo, pensando que podía ser un testigo si el asunto iba a malas. Le explicó la operación, la ablación del órgano por la vía natural, cortando los ligamentos, operación que estaba hecha en tres minutos.

No había otro peligro que el de la hemorragia. Había empleado pinzas nuevas para contener las arterias, cuya cicatrización se obtiene por aplastamiento. Se había servido de ocho pinzas nuevas y había tenido la precaución de mirarlas antes de acostarse. Por desgracia, el resorte de una de ellas había saltado, y de ahí la catástrofe. Por exceso de celo, por usar pinzas nuevas, había ocurrido todo. Todo había ayudado al desastre; el pesado sueño de la enfermera, la debilidad de la operada, que no había sentido cómo se le escapaba toda su sangre, gota a gota, y que debió morir sin do-

lor alguno, como una persona que se duerme. Y juró y perjuró que el órgano hinchado, pesado y duro, hubiese engañado a sus compañeros, teniendo en cuenta las afirmaciones precisas de la señorita, cuyos pretendidos dolores parecían horriblemente reales.

—Estoy bien tranquilo—añadió.—La baronesa de Lowicz salva toda mi responsabilidad, pues ella también mintió asegurando que la difunta era una sobrina provinciana. Pueden denunciarme; contestaré... ¡Había sido una operación magnífica, un triunfo que mi maestro Gaude me envidiara!

Estaba muy pálido, sin embargo, y en sus ojos grises brillaba como una llama de ira contra su mala suerte. El destino se encarnizaba contra él. Aceptó únicamente la operación con la esperanza de que le protegería en lo sucesivo la baronesa, que era su cómplice, y he aquí que una casualidad estúpida hacía que estuviese amenazado de un proceso infamante. Ni siquiera tenía la seguridad de cobrar los mil francos que le ofreciera aquella mujer; pues conocía su avaricia, y únicamente se avino a pagar aquella suma por el afecto que sentía hacia su amiguita. Aquello era una derrota en regla; no podría jamás vencer el rigor de la fortuna. Mateo volvió junto a Serafina, que no había abandonado a Morange. Le había tomado las manos de nuevo, y estrechándolas entre las suyas, le ponderaba lo mucho que había querido a la pobre niña y le adjuraba a que no llevase la cuestión a los tribunales, puesto que aquello no serviría sino para arrastrar por el barro la memoria de la muerta. Aceptaba una parte de la responsabilidad, reconociendo que obró como una aturdida y afirmaba que sus remordimientos serían eternos. Pero anhelaba que todas aquellas infamias y locuras quedasen para siempre ignora-

das y que sobre la tumba de la adorada muerta crecieran flores puras, se exhalara un perfume de juventud y belleza. Morange cedía poco a poco, vencido por su debilidad natural, y la palabra «asesinos», que repetía maquinalmente, se espaciaba más y más, no era sino como un murmullo indistinto. Su hija ante los tribunales, su cuerpo destrozado por el bisturí del que hiciera la autopsia, su nombre y su ignominia en boca de todos, ¡oh, no! aquella mujer tenía razón; eso no podía ocurrir. La impotencia de vengarla, que sintió desde las primeras palabras del médico y de Serafina, acabó de trastornarle y quedó con el cráneo como vacío, el cuerpo quebrantado como si hubiese recibido una paliza; el corazón frío y casi sin latidos. Y quedó abatido, vencido, anonadado, como si hubiese vuelto súbitamente a su primera infancia. No dijo apenas nada desde que se convenció de que no podía vengarse. Únicamente, de vez en cuando, repetía:

—Ya ve usted que estoy tranquilo; no haré daño a nadie; pero deje por lo menos que la vea.

Serafina quiso levantarse; pero tan agobiada es la ayudara. Un sudor frío mojaba su rostro, una tibia, tan quebrantada, que fué preciso que Mateo gran angustia se retrataba en él; pero al cabo venció su naturaleza robusta y enderezó su alta talla como orgullosa de haber vencido, de haberse mostrado valiente hasta el final. Miró a Mateo en tanto que se apoyaba en su brazo, y aquel observó que el ajamiento que había notado ya otra vez se acentuaba mucho, dejando mil señales en el rostro, esos liniamientos que se convierten en arrugas.

Morange suplicaba de nuevo:

—Les aseguro que no haré daño a nadie, que estaré tranquilo; pero quiero verla, quiero verla.

Sarraille accedió al cabo, viendo que estaba ya

resignado. Entre todos le sostuvieron y le acompañaron al cuarto fatal. Mateo y Serafina entraron con él. Sarraille quedó en el dintel de la puerta, que quedó abierta de par en par. Era el mismo cuarto de horror y terror en que, ocho años antes, el marido había hallado el cuerpo inanimado de su mujer. La misma ventana polvorienta, que sólo dejaba penetrar una luz escasa; el mismo mobiliario sucio y pringoso, igual papel con flores encarnadas, despegado de las paredes por la humedad. Y allí, en el fondo de aquel zaquizamí infecto, sobre el camastro inmundo, el padre hallaba ahora a su hija, a su Reina, a su ídolo, a la divinidad única a que rendía culto. La adorable cabeza de la niña, pálida como la cera, pues toda la sangre había huído por la criminal herida, reposaba sobre la mancha oscura de su cabellera abundosa. Su carita redonda, tan animada cuando viva por el deseo del lujo y de los placeres, tenía una gravedad tremenda, una expresión de angustia indecible. Estaba muerta y no había nadie a su lado; ni una flor, ni un cirio. Habían subido la sábana hasta la barba y habían limpiado el charco de la sangre que, a través del colchón, cayera al suelo. Y aquella mancha aun húmeda y todavía rojiza, explicaba el tremendo drama. Tropezando, titubeando como un hombre ebrio, se detuvo ante aquel espectáculo. Aquella muerta, ¿era Valeria o Reina? Sabía que la madre había resucitado en la hija sin duda para endulzar su vida desolada; sabía que las dos eran una sola mujer; y ahora tenía la prueba de ello, pues la hija se marchaba como se había ido la madre. Floreciendo de nuevo durante un momento a la luz del día, volvía al reino de las sombras por la misma oscura puerta. Por dos veces la habían asesinado. Ahora ya no cabía esperanza, no volvería más. Y él, el desdichado, su-

fría una tortura que no padeció hombre alguno; la de perder por dos veces la mujer adorada, de asistir dos veces a la mancha atroz, a la tempestad de crimen y de vergüenza que destrozaba su corazón. Cayó de hinojos y lloró, lloró sin tregua. Serafina quería llevárselo. Entonces murmuró en voz baja, apenas perceptible:

—No, no; dejadme, se ha acabado... Han muerto las dos; yo tengo la culpa... Había dicho a Reina que su madre había tenido que viajar... Ella ha mentido a su vez diciéndome que iba a esa quinta. Si me hubiese opuesto, hace ocho años, a la locura de Valeria, si no hubiese presenciado, impotente, su asesinato, ahora Reina no estaría muerta. Es culpa mía; soy yo quien las ha matado. ¡Pobrecillas! ¿Acaso no era yo quien debía guiarlas, aconsejarlas, defenderlas? ¡Yo soy el asesino! Y sollozaba y añadía:

—Las he matado por lo mucho que las quería. ¡Eran tan hermosas, tenían tanto derecho a ser ricas, queridas, dichosas! Una después de otra me habían robado el corazón y no vivía sino en ellas y para ellas. Cuando hubo muerto la madre, la hija fué a su vez mi luz, mi encanto, y soñé con verla rica y feliz... Y soy yo quien las mata, y a tan tremenda caída, a ese doble crimen, me ha arrastrado mi demencia de fortuna. ¡Ah! ¡Cuando pienso que aun esta mañana me atrevía a decir que era dichoso porque no tenía sino a Reina! ¡Qué estúpida blasfemia contra la vida y contra el amor! ¡Hela aquí muerta y heme solo, abandonado, sin poder amar a nadie, sin que nadie me ame a mí!... ¡Ni mujer, ni hija, ni deseo ni voluntad; solo, solo por una eternidad!

Era el clamor del supremo abandono y cayó al suelo como un pingajo humano. Sólo tuvo fuerza para estrechar las manos de Mateo y decirle:

—Usted tenía razón... He rehusado la vida, y la vida huye de mí.

Mateo le abrazó llorando y permaneció aún un rato en aquella cueva donde por modo tan innoble se suprimían las existencias. Salió al fin, dejando a Serafina, que se encargó del pobre hombre, al que trataba como a un niño enfermo y sin voluntad.

*
* *

En Chatebled, Mateo y Mariana fundaban, creaban sin descanso. Durante los dos años que transcurrieron, de nuevo vencieron en la batalla eterna de la vida contra la muerte. El deseo inflamaba sus almas y sus cuerpos y les fecundaba; su energía se encargaba de que la obra que el deseo iniciara la terminara la voluntad. Durante aquellos dos años, el triunfo no se consiguió sin esfuerzo. Todavía estaban en los días de prueba, porque estaban al principio de la conquista, y algunas veces lloraron, oprimidos por la angustia. Como no bastaba el antiguo pabellón de caza para las necesidades nuevas, pasaron mil apuros para levantar una granja, unos cobertizos y establos. Los gastos eran crecidos y alguna vez las cosechas amenazaron no querer cubrir los créditos pendientes. A medida que la explotación crecía, fué preciso un personal mucho más numeroso y aumentaron también las bestias de labor y carga. Y a todo ello debían atender, vigilando sin descanso, en tanto que sus hijos, ya crecidos, no pudieran descansarles en parte. Mateo dirigía los trabajos de cultivo, mejorando sin cesar sus métodos, siguiendo todos los adelantos que señalaba las revistas, a fin de alumbrar toda la vida y todas las riquezas

que duermen en el seno de la tierra. Mariana dirigía la granja, cuidaba de los establos, de la lechería, del corral; demostraba su aptitud para llevar cuentas, pagaba y cobraba. Y a pesar de las inevitables equivocaciones, de los quebraderos de cabeza, la fortuna acababa por sonreírles, vencida por su laboriosidad, por su bondad, por su prudencia.

Además de las nuevas construcciones, ensanchóse el dominio con treinta hectáreas de pendientes arenosas que llegaban casi hasta Monval y con otras tierras más arcillosas hacia Mareuil. La lucha de Mateo contra aquellos terrenos áridos se hacía más y más dura, a medida que aumentaba su campo de acción; pero acababa siempre por un triunfo, fecundando, bañando aquellas tierras con el agua que antes se perdía a través del suelo formando charquinas. Lo mismo que en la meseta, había abierto anchos caminos a través de los bosques últimamente adquiridos, y los claros de aquellos bosques los dedicaba a producir forraje para su ganado. Por todos lados aquel esfuerzo constante de creación hacía recrudecer la batalla, preparando la definitiva victoria y haciendo que la mala cosecha de un campo quedara compensada con la prodigiosa abundancia de mieses que se obtenía en otros. Los niños crecían también como las plantas; unos empujaban a otros. Blas y Dionisio, los gemelos, tenían ya catorce años y ganaban premios sin cuento en el colegio, avergonzando a Ambrosio, que por lo mismo que tenía gran viveza, no siempre se cuidaba como debiera de los libros. Los cuatro menores, Gervasio, Rosa, Clara y Gregorio, no iban al colegio aún, y crecían libremente en pleno sol, en pleno aire. Cuando al cabo de esos dos años Mariana tuvo otra niña, Luisa, no padeció como en el parto de

Gregorio; pero tuvo una convalecencia larga por haberse levantado antes de tiempo a hacer colada. Cuando Mateo la vió de pié, con la pequeña en brazos, la besó apasionadamente, triunfante a pesar de todos los obstáculos y de todos los dolores. Un hijo más; más poder, más riqueza; una nueva fuerza obrando sobre el mundo, otro campo sembrado para mañana.

Aquella era la grande, la buena obra, la obra de fecundidad que crecía por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción, creando nuevas subsistencias al nacer un nuevo hijo, amando, luchando, trabajando sin desfallecimiento en busca de vida más potente, de esperanza más cierta.

III

Transcurrieron otros dos años y durante ellos Mateo y Mariana tuvieron otro hijo, una niña. Esta vez, como las otras, al mismo tiempo que aumentaba la familia, el dominio de Chantbled creció también, al Oeste de la llanura, con todos los terrenos que quedaban por desecar a orillas del río. Más de cien hectáreas de terreno, en el cual no habían crecido hasta entonces más que las plantas acuáticas, iban en adelante a fecundar el trigo en sus entrañas. Las nuevas fuentes utilizadas y canalizadas irían allá abajo a llevar la vida benéfica a las arenosas pendientes. Aquello era la conquista invencible de la vida por medio de la fecundidad y del trabajo. Esta vez fué Según el que propuso a Mateo la adquisición de aquella